

# La que se fue

JORGE E. OROZCO AGUIRRE



**A**dmiro a aquéllos que comprenden, analizan y desmenuzan el contenido de un texto difícil y complicado desde la primera lectura, para luego desarrollarlo y disertar ampliamente sobre él. Pero jamás dejaré de asombrarme por los que poseen el don de memorizar al instante cualquier tipo de información oral o escrita.

Es célebre la hazaña del Mozart púbero, durante la Semana Santa de 1770, en Roma, cuando trasladó al pentagrama cada una de las notas del *Miserere*, de Gregorio Allegri. Aquél que se atreviera a sustraer de la Capilla Sixtina dicha partitura, se exponía a la excomunión inmediata; pero al entonces imberbe genio de Salzburgo le bastó una sola escucha de esta complicada polifonía para dar muestra de su memoria prodigiosa.

Tampoco deja de sorprender la anécdota que ilustra la gran capacidad retentiva del General Álvaro Obregón al declamar de memoria la *Suave Patria*, de Ramón López Velarde, luego de haber oído una sola vez la lectura que del inmortal poema hiciera José Vasconcelos.

En tiempos más próximos a mis andares, tuve un amigo que era capaz de recrear con fidelidad cada uno de los poemas que integran el *Romancero gitano*, de García Lorca; y supe de alguien que podía rememorar, textualmente, el primer capítulo completo del *Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes.

No hace mucho asistí a la presentación de un ilusionista que extrajo de su boca múltiples pañuelos de colores atados entre sí para proceder a convertirlos en un buqué de margaritas, del cual lanzó al vuelo a una paloma. Sorprendido, me dejé transportar a otra dimensión. Y una sensación similar me invade cada vez que alguien hace surgir desde su garganta, como pañuelos mágicos de colores y sin otro recurso más que evocar, los versos del citado poeta jerezano: *Yo que sólo canté de la exquisita/ partitura del íntimo decoro,/ alzo hoy la voz a la mitad del foro...* —para luego seguir con... *Joven abuelo: escúchame loarte,/ único héroe a la altura del arte,...* —hasta terminar en... *...la carreta alegórica de paja.*

En cuanto al prestidigitador, nunca he querido saber cómo realiza su magia: mis ojos jamás serán tan rápidos como sus manos que han desarrollado, a través de una práctica apasionada, la habilidad con la que disfruto ser engañado o, mejor dicho, ilusionado (prefiero el eufemismo). Pero en el caso del declamador, orador, actor, músico o cantante, no puedo más que añorar una capacidad de memoria igual a la que usé en otras etapas de mi vida.



Para fines de juego y aprendizaje, en mis primeros años escolares se recreaban en mi memoria el abecedario, canciones infantiles, rimas y fábulas, las tablas aritméticas, el *Himno Nacional*, el *Juramento a la Bandera*, el *Padre Nuestro* y el *Yo, pecador...*; luego, en la educación media y media superior: poemas y discursos para competencias de declamación y oratoria, algunas fórmulas trigonométricas y algebraicas, canciones para pretender, poemas para seducir y un nutrido catálogo de chistes colorados para amenizar. Y en la música, no se diga...: teoría, historia, escalas, arpegios, acordes, estudios y conciertos, pasajes orquestales y, por supuesto, Las mañanitas...

No hace mucho, en los archivos más accesibles del hipocampo, solía almacenar los números telefónicos de la mayoría de mis familiares y allegados; los de mis más queridos amigos y de muchos conocidos; los del médico familiar, cerrajero, plomero, tintorero, mecánico, taxista, policía, cruz roja, bomberos y, por cuestiones estrictamente laborales, los de mi secretaria. Ahora, este don al que llamamos memoria —proceso integrado a un sinfín de capacidades de nuestro cerebro— ha empezado a abandonarme... Lo sé porque alguien acaba de

pedirme el número telefónico de uno de mis más cercanos amigos y, al tener mi teléfono celular extraviado, no fui capaz de recordarlo.

Nervioso y aprensivo por no encontrar el *gadget* en cuestión —del cual no puedo apartarme ni 30 segundos sin sentirme mutilado y al que con petulancia se le conoce como "teléfono inteligente"—, veo que mi memoria ha decidido abandonarme de manera paulatina y constante a fuerza de sentirse desplazada por la otra... ¡Sí..., la falsa..., la artificial..., la virtual...!, la que se halla en un lugar idílico conocido como "la Nube" y a la que invoco para hablar con mis semejantes con sólo rozar dos o tres puntos sensibles de una deslumbrante mini pantalla sin necesidad de retener en mi cerebro cada número a marcar.

Es por ello que mi memoria, celosa y despechada por la fuerza del desaire, con su inclemente partida me ha dejado en la incertidumbre: ¿me habrá olvidado?... ¿volverá a ser mía?...

Me pregunto si la especie humana se encontrará en las primeras etapas de un proceso de involución hacia el "ser" desmemoriado e instintivo. Pero de lo que sí estoy seguro es que cada vez más nos vemos sometidos al uso de artilugios electrónicos para ayudarnos a ubicar el qué, quién, cómo, cuándo y dónde...

A propósito, ¿dónde habré dejado mi celular...?

Si por casualidad alguien tiene y recuerda mi número, ¿podría marcarme para localizarlo de oído?, ...al fin y al cabo músico soy. Pero si a usted le sucede lo mismo que a mí, tendrá que recurrir a la inteligencia artificial de su *smart phone* y resignarse también a cantar, al estilo de José Alfredo Jiménez: *Yo, lo que quiero es que vuelva / que vuelva conmigo, la que se fue...*